

Comentario bibliográfico

Las mujeres y el arte de defender el derecho a la memoria: comentario de *Tapices de esperanza, hilos de amor* de Marjorie Agosín *et al.*

Alma Cordelia Rizzo Reyes*

Introducción

Marjorie Agosín es una escritora comprometida con la defensa de los derechos humanos que ha abordado la violencia y el rol político de las mujeres de América Latina en su trabajo académico.¹ Después de haber pasado su infancia en Chile, se ve obligada a abandonar el país poco después del golpe de Estado que puso fin a la presidencia de Salvador Allende en 1973. *Tapices de esperanza, hilos de amor-el movimiento de las arpilleras en Chile*² 1974-1994 (segunda edición) retrata la historia de varios grupos de mujeres que plasmaron en arpilleras –lienzos hechos de bolsas de harina con escenas de la vida diaria bordadas con retazos de tela sobre ellos– lo que no podía decirse en un país víctima de violaciones rampantes a los derechos humanos. Varias fotografías a color de estas obras de arte ilustran el trabajo. El libro contiene valiosos análisis por expertos en historia y política chilena que sitúan el trabajo concreto de las arpilleras en el ámbito de la lucha por la verdad y la justicia de las víctimas de los regímenes totalitarios en un escenario internacional.

La segunda edición de *Tapices de esperanza, hilos de amor* tiene un prefacio escrito por Isabel Allende, otra célebre escritora chilena. Contiene una detallada línea del tiempo que abarca los sucesos previos al golpe militar a Salvador Allende en 1973, el fin de la dictadura militar, y describe hitos en la búsqueda de justicia de las víctimas y su denuncia por romper la amnistía que desde los noventa no permitía enjuiciar a los responsables de las desapariciones. Un análisis de Peter Kornbluh describe en la introducción el sentido de la creación de las arpilleras en el contexto político chileno: una herramienta pedagógica para transformar a las víctimas y testigos de las violaciones a derechos humanos hacedoras de historia. Es notable su descripción de la campaña estadounidense para fondear a los empresarios chilenos y a los adversarios de Salvador Allende. Al final del libro, Peter Winn elabora un análisis en el que evalúa el impacto del trabajo de las arpilleras en la lucha por romper la amnistía que permitió la transición democrática de Chile. Denuncia una densa política de olvido de los crímenes desde el nuevo gobierno democrático cuyas víctimas son precisamente las arpilleras, quienes no solo no encontraron a sus seres queridos, sino quedaron excluidas de los frutos de la transición que llevó a los nuevos políticos a puestos de poder y de la que fueron artífices. Al final están compilados testimonios de las participantes de los talleres, que por su propia boca narran lo que significó la arpillera en sus luchas personales y en lo colectivo. Una primera parte fueron escritos en 1994 y otra en 2006. Se puede destacar que para 2006 el discurso de las víctimas más allá de buscar justicia es uno de lucha contra el olvido dentro de lo que Peter Kornbluh admira como “la tenaz lucha por un mundo justo”.³

* Investigadora del Centro Nacional de Derechos Humanos de la CNDH.

¹ Agosín como escritora y académica también ha estudiado el fenómeno de las desapariciones y muertes de mujeres en Ciudad Juárez, Chihuahua, a principios de los noventa y tiene un trabajo extenso en temas relacionados a lo femenino y político.

² Marjorie Agosín, Isabel Allende, Peter Kornbluh, Peter Winn. *Tapestries of Hope, Threads of Love. The Arpillera Movement in Chile*. Lanham, Rowan and Littlefield Publishers, Inc., 2008.

³ *Ibidem*, p. 10.

A. Tema central: la defensa del derecho a la verdad y a la memoria y el empoderamiento femenino

El libro relata cómo las mujeres víctimas de la violencia de la dictadura se empoderaron al comenzar a asistir a los talleres de arpillería. Al romper el silencio, y sobrellevar el miedo bordando, adquirieron una manera singular de exigir su derecho a defender sus derechos humanos. “Ellas [las arpilleras] son pedazos de vida y esperanza y han ocupado un espacio donde la palabra no ha sido posible”.⁴

Agosín nos va mostrando que en la actividad confluyen varias reivindicaciones de derechos de las mujeres, que van más allá de sus reclamos de justicia, siendo el que predomina la necesaria participación política para la construcción de una sociedad más equitativa y en paz. Esto se da en tanto que sus reclamos están imbuidos de una crítica del sistema patriarcal representado en la violencia que emana del ámbito militar. El lenguaje (femenino) de la arpillera habla de la salvaguarda de la vida en su expresión más simple como el juego, el cuidado de las plantas o devenir enfermo, en contraste el discurso de la dictadura habla de vivir en términos abstractos del orden y la ley (masculino) que procurarían una eficaz y benéfica modernidad económica.

Dentro de los testimonios de las arpilleras encontramos que la ganancia identitaria del oficio de la arpillería en palabras de María Madariaga es que: “he aprendido a valorarme a mí misma y lo que significa ser mujer”.⁵ También, como señala Sara Ruddick, citada por Marjorie Agosín, lo que distingue a la protesta que parte de las mujeres es que: “hablan un ‘lenguaje de mujer’ en la lealtad, amor y furia; pero lo externan con una indignación pública en un espacio público, como no se supone que deban hacerlo”.⁶ El amor caracteriza el cuidado que dotan al bordado, pero también es el atributo que distingue sus estrategias de búsqueda y denuncia fortaleciendo su resistencia como movimiento de víctimas. Al momento de elaborar las obras, las mujeres tienen conversaciones sobre sus hijos o familiares desaparecidos. “Los detalles se re-dicen, reviven y repiten de manera obsesiva”.⁷ Así, a decir de Agosín, la conversación que acompaña el bordado convierte el acto de creación de una arpillera en una bella terapia⁸ que al apuntalarlas les ayudaba sobrellevar sus otras actividades de protesta en las calles (algunas que están representadas en las arpilleras fotografiadas en el libro, como huelgas de hambre y marchas emblemáticas en Chile). El propósito del trabajo de arpillería era también permitirles a las mujeres ganar dinero a través de la venta de estas artesanías durante una época de súbita carestía y machismo. Siendo que en los setenta, varias de estas mujeres tuvieron que desafiar a sus maridos para salir del ámbito doméstico a ganarse la vida. Gracias al Vicariato de la Solidaridad, que apoyó la organización de las mujeres dándoles un espacio para crearlas en los patios de las iglesias y comprando y apoyando la venta de las arpilleras, la labor de protesta era al mismo tiempo una manera de procurarse una vida digna para ellas y sus familias. Al empoderarse económicamente, las arpilleras comprendieron que podían romper los tabúes sobre los roles femeninos, al tiempo que adquirían conciencia de que tenían muchas otras prerrogativas. Entre estas a una vivienda digna, a participar políticamente y a la solidaridad. La vivienda digna resulta ser un subtema recurrente en el discurso de las arpilleras, tal vez por la facilidad con la que sus domicilios fueron violentados por agentes del Estado durante la dictadura chilena.

Otro cariz feminista tiene que ver con la forma en la que lidiaron, conscientes de su condición femenina, con el acoso de las autoridades por el trabajo que realizaban. Los intentos de amedrentarlas hizo que man-

⁴ *Ibidem*, pp. 23-24.

⁵ *Ibidem*, p. 142.

⁶ *Ibidem*, p. 59.

⁷ *Ibidem*, p. 48.

⁸ *Crf., ibidem*.

tuvieran los talleres de arpillería escondidos y con mucha prudencia, por la necesidad de mantenerse unidas y productivas, pues de eso vivían. Aun así, las mujeres sabían que en una sociedad machista era menos riesgoso ser arrestadas por ser mujeres, factor que aprovecharon en su favor. Los colectivos sobrevivieron varias redadas a sus centros de trabajo y ataques en las protestas que realizaban en la vía pública.

B. Las arpilleras como sujetas políticas y guardianas de la memoria

Fue imprescindible que estos trabajos de narrativa de los saldos humanos de la dictadura fuesen vistos fuera de Chile, para que su denuncia y valor estético no fuera ahogado por el régimen que neutralizaba las críticas al gobierno. Agosín misma ha sido vocera del trabajo de arpillería, al residir en Estados Unidos. Las arpilleras fueron muy vistas fuera de Chile, incluso en sitios como el Museo del Louvre de París. Desde una perspectiva geopolítica, en Chile era relevante generar conciencia a nivel internacional. El régimen represivo tenía el aval de Estados Unidos, que vio ganada una batalla de la Guerra Fría cuando Pinochet derrocó el socialismo encarnado en Salvador Allende. En tiempos de nula libertad de expresión y cuando las redes sociales no existían, los lienzos fueron dispositivos gráficos del accionar político de un grupo de mujeres que buscó hacer escuchar, a como diera lugar, el reclamo de las víctimas del gobierno pinochetista. Escenas de la vida cotidiana también eran plasmadas en los lienzos a la par con la tortura, la representación del exilio y escenas de represión por parte de las autoridades. En este rescate de lo cotidiano hay un trabajo que ensalza la lucha por tener una vida digna y propicia para el desarrollo personal. Así que la protesta de las mujeres resulta muy completa e incluyente. Las arpilleras denunciaban así el olvido económico de las poblaciones, ser la expresión más notoria del fracaso de la política de apertura económica de Pinochet. Afirma Agosín:

La arpillera pertenece a la historia de la marginalidad; asume una verdad que el país ha tratado de negar. La arpillera tejida y la totalidad de la obra de las arpilleras es frágil, proyectando inocencia y revaluando otras cosas, como las vidas dispersadas, un mundo roto o los espacios de vida cotidiana, la belleza de un jardín que florece o tal vez la dudosa esperanza de una mujer que espera la llegada de un ser querido.⁹

Estas narraciones visuales se convirtieron en pruebas testimoniales una vez que se llevó ante la justicia a Augusto Pinochet. Muchos de los potenciales denunciadores nunca aparecieron y de otros hay prueba de que fueron asesinados, así que debían producirse otra multitud de pruebas que manifestaran la realidad violenta de Chile que la dictadura militar persistentemente negó. Estos textiles expresan que hay otras maneras de producir testigos y modos de transformar las voces silenciadas en testimonios vivos. Las arpilleras demostraban que la mujer que con cuidado y paciencia teje: “es la testiga que narra las historias que los militares y la cultura oficial niegan y contradicen”¹⁰ al hacer esto logran lo insólito: “las mujeres han creado un espacio público para la búsqueda de los desaparecidos”.¹¹

Ellas eligieron un lenguaje para plasmar una totalidad de violaciones a los derechos humanos que vivieron y que atestiguaron al bordar escenas de su cotidianeidad, y la de muchas otras mujeres, donde también está incluida la búsqueda de sus seres queridos. Procurarse sustento, haciéndolo es muestra que creían en la trascendencia y belleza de su trabajo de conservación de la memoria y creación de dispositivos testimo-

⁹ *Ibidem*, p. 35.

¹⁰ *Ibidem*, p. 34.

¹¹ *Ibidem*.

niales para exigir justicia. A la par con la denuncia del pasado y presentes violentos, también retrataban escenas que comunicaban la esperanza de un futuro mejor.

C. Conclusión: los talleres de arte popular como formadores de defensoras de derechos humanos

Tapetes de esperanza, hilos de amor contextualiza la protesta femenina en la trama de los poderes mundiales producto del orden patriarcal. Es una crítica aguda, aunque indirecta, a la violencia que produce el terror de Estado, vía la institución militar. Conforman un elogio a la capacidad transformadora de los grupos de mujeres que se involucran en el activismo por la paz. Hay que mencionar que los testimonios al final evidencian que la tenacidad y creatividad del trabajo de arpillería no pudo evitar el alto costo económico y de salud de las luchas por encontrar a los desaparecidos de las arpilleristas. Algunas de las protagonistas de la historia, para 2006, ya habían muerto y otras estaban invadidas de cáncer. El ejemplo de las arpilleristas en Chile que muestra Agosín es simbólico del poder que una organización distintivamente femenina puede lograr en un contexto de represión por parte del Estado. No es el único sitio, ni momento histórico, en el que las mujeres han sido voceras de la paz y de los deseos de justicia de los más afectados. Tampoco el único momento en el que se eligió el arte textil y el bordado como medio de protesta y de resistencia política. Hubo grupos de arpilleristas en los ochenta en Perú e igualmente el arte textil ha sido útil vocero de la paz en Afganistán (con los tapetes de guerra) y el movimiento para concientizar y prevenir el VIH/SIDA en Estados Unidos (los edredones, colchas o *quilts*). En México actualmente existe un movimiento de bordadores y bordadoras que utilizan la técnica del bordado como soporte de la búsqueda de paz en la actual guerra contra el narcotráfico. Ellas bordan en pañuelos blancos pequeñas crónicas que describen la desaparición o muerte violenta de una persona. Esta acción, a diferencia de las arpilleristas chilenas, la llevan a cabo en la plaza pública. Aunque integrados por hombres y mujeres, el dispositivo de paz que implica el bordado por la paz en México y todo lo que lo rodea es distintivamente femenino, pues responde a la voz de la violencia brutal con la delicadeza de un pañuelo.